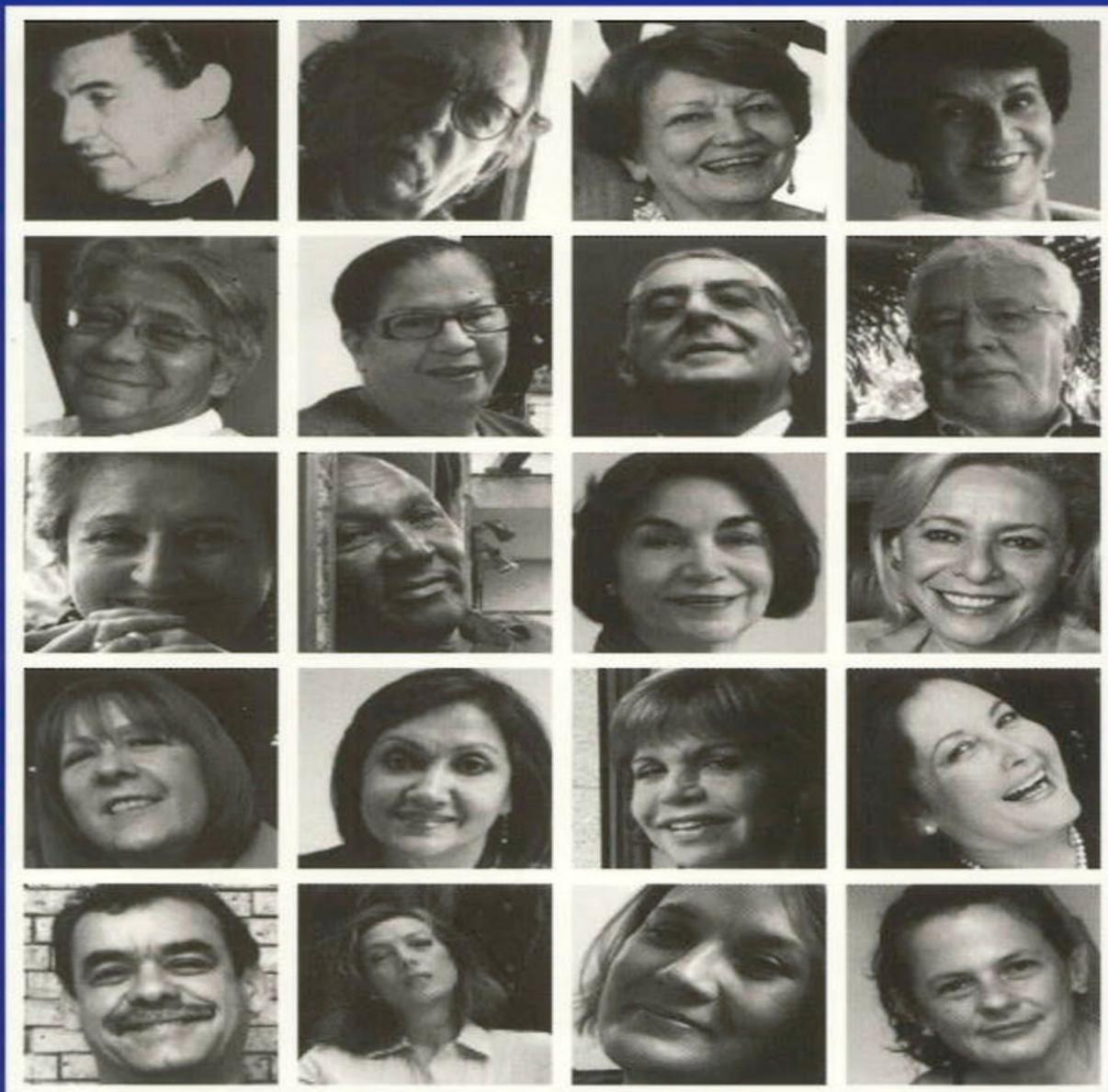




Sociedad de Amigos de la Cultura Urbana



Colombia y Venezuela 20 testimonios

Faitha Nahmens





Presidente vitalicio: Rafael Cadenas
Presidente ejecutivo: Elías Pino Iturrieta

Junta directiva
Herman Sifontes Tovar
Gabriel Osío Zamora
Miguel Osío Zamora
Ernesto Rangel Aguilera
Juan Carlos Carvallo
Jesús Quintero Yamín

Twitter: @culturaurbana
Instagram: @culturaurbanaoficial_
Facebook: Fundación para la Cultura Urbana

Colombia y Venezuela: 20 testimonios.
© 2013 Sociedad de Amigos de la Cultura Urbana
© 2021 Fundación para la Cultura Urbana
ISBN edición impresa: 978-980-7458-09-2
ISBN edición digital: 978-84-124858-0-6

Producción editorial: Diajanida Hernández
Corrección: Rosa Linda Ortega
Fotografías: Susana Soto Garrido
Foto de Magdalena Herrera: Daniela Boersner
Diseño de portada: John Lange
Diseño de colección: ProduGráfica

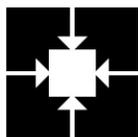
Este libro se publica en coedición con la Fundación Cultural Colombo Venezolana

Número 106

Colombia y Venezuela: 20 testimonios

Faitha Nahmens

Germán Salazar, Carlos Celis Cepero, Soledad Mendoza, Mariahé Pabón, José Campos Biscardi, Doris Parra, Jaime Clavijo, Hermann Gómez, Valentina Marulanda, Eduardo Carrillo, Marta de La Vega, Magdalena Herrera, Rocío Guijarro, Marina Alarcón, Mabel Cartagena, Maritza Pineda, Ezequiel Serrano, Karina Gómez, Mónica Rug, Claudia Calderón



FUNDACIÓN PARA LA
CULTURA URBANA

Índice

Presentaciones

Introducción

El odontólogo

Germán Salazar: la fiesta a pedir de boca

El arquitecto

Carlos Celis Cepero: Caracas y su trazo a torcer

La editora

Soledad Mendoza: los libros de la identidad

La periodista

Mariahé Pabón: la noticia como morada

El artista

José Campos Biscardi: el Ávila para llevar

La enfermera

Doris Parra: un corazón sin arrugas

El empresario

Jaime Clavijo: la audacia es capital

El emprendedor

Hermann Gómez: la filantropía desde el enchufe

La filósofa

Valentina Marulanda: el verbo lírico

El todero

Eduardo Carrillo: un hombre muy curioso

La profesora universitaria

Marta de La Vega: la vida con razón

La librera

Magdalena Herrera: venezolana al pie de la letra

La política

[Rocío Guijarro: el pensamiento en teoría y práctica](#)

[La financista](#)

[Marina Alarcón Guzmán: la mujer que calculaba](#)

[La benefactora](#)

[Mabel Cartagena: labor social con diplomacia](#)

[La Miss Venezuela](#)

[Maritza Pineda: la belleza sin límites](#)

[El músico](#)

[Ezequiel Serrano: saxo, producción y demás notas](#)

[La productora artística](#)

[Karina Gómez: actriz y organizadora de buen rollo](#)

[La diplomática](#)

[Mónica Rug: amor sin fronteras](#)

[La concertista](#)

[Claudia Calderón: partitura del joropo común](#)

Presentaciones

Presentamos con gran satisfacción, dentro de la serie de los inmigrantes, uno de sus principales capítulos: Colombia y Venezuela, territorios que no solo comparten un mismo origen, sino que mantienen una relación de hermandad que pocos países limítrofes pueden exhibir.

En estos veinte personajes se expresa el esfuerzo, espíritu positivo y voluntad con los que la colonia colombiana ha contribuido a la construcción y desarrollo de nuestro país. Y a través de ellos se pretende rendir homenaje a los cientos de miles de colombianos que cada día nos acompañan en el compromiso de fortalecer esta unión. Después de leer sus testimonios, recogidos con sabia paciencia por Faitha Nahmens y retratados por Susana Soto Garrido, no nos cabe duda de que el venezolano por elección contrae vínculos tan definitivos y sólidos como los de los nacidos en esta tierra.

Es un orgullo contar en esta oportunidad con la participación de la Fundación Cultural Colombo Venezolana, que de manera generosa y decidida nos acompaña como coeditora.

Sociedad de Amigos de la Cultura Urbana

La Fundación Cultural Colombo Venezolana, como parte de su contribución al fomento y auspicio del intercambio cultural entre Venezuela y Colombia, se complace en presentar los veinte perfiles que conforman el presente libro, historia de vida de estas personalidades colombianas que, con amor y entrega, hicieron de Venezuela más que un lugar de residencia y desarrollo personal: la adoptaron como suya y construyeron con éxito un camino de logros, cada quien en su campo y profesión.

Faitha Nahmens, reconocida periodista de amplia trayectoria, es la conmovedora entrevistadora de todos ellos, quien nos lleva de la mano para mostrarnos, muy de cerca y con pasión, los detalles de su arribo a Venezuela, el proceso de integración, sus sueños, las metas, así como su decisión de continuar apostando por este país.

Con estas entrevistas queremos rendir un homenaje a estos veinte colombianos de origen, pero venezolanos por adopción, y a la vez hacer un reconocimiento al trabajo y al esfuerzo desempeñado a punta de voluntad por construir su vida entre nosotros y sentir a Venezuela como país hospitalario e integrador.

Frank Briceño Fortique

Presidente Fundación Cultural Colombo Venezolana

“La experiencia de Colsanitas en Colombia ha trascendido fronteras, y en Sanitas Venezuela hemos seguido sus pasos para desarrollarnos juntos como organización. Hemos ampliado nuestra oferta de servicios integrales de salud, cubriendo las expectativas de los usuarios y sus familias, así como de las empresas venezolanas. Hemos fortalecido relaciones con nuestros aliados en la prestación de los servicios, generando también oportunidades de empleo y desarrollo en el país.

En este andar hemos afianzado los nexos, pues colombianos y venezolanos trabajamos juntos con espíritu de colaboración entre diversas áreas y confianza entre colegas, lo cual ha permitido compartir experiencias, criterios, y siempre aprender del otro.

En definitiva, esto nos ha permitido ser reconocidos por la calidad, seriedad y compromiso en la labor que desempeñamos, fortaleciendo así nuestra identidad y prestigio como organización”.

Sanitas Venezuela, S.A.
Empresa de Medicina Prepagada

*A mi hijo, una vida con la mía que, entre guiños y amor,
entrelazan palabras*

*A Valentina Marulanda, siempre en el corazón y la
inspiración*

*A Ben Amí Fihman, su vida, todo Exceso, es el mensaje
A Idalide García Mendoza, coraje con el mejor arroz*

Introducción

Gemelas no idénticas cosidas desde 1830, y desde entonces en el ejercicio insoslayable de la vecindad, influyendo una en la otra y observando que el paralelismo geográfico se vuelve simetría si trazamos rayas horizontales de una nación a la otra -García Márquez, tan “nuestro” dijo que los llaneros de aquí y de allá son lo mismo, igual los costeños-, Colombia y Venezuela, mismos dioses, mismo Bolívar, mismo idioma -salvo las diferencias típicas, guineo y cambur, frijoles o frijoles- están destinadas a ser inseparables y, desde esa perspectiva, a remontar cualquier despropósito que se produzca en un lado u otro en desmedro de su realidad de vecinos. De tan cerca a veces solo nos vemos por partes, pero, cada ojo con su tema, no cesamos de buscarnos y, mejor aún, de hallarnos. En el intercambio comercial de vaivenes, en los caminos verdes de unos límites difusos, en las crisis de turno, en el juego de espejos en el que se reflejan las ocurrencias y las raíces culturales y políticas que, *per se*, contrastamos. Cuando nos relevamos en eso de ser meta o ideal la una de la otra, según las circunstancias. Colombia está aquí. Y Venezuela está allá. Y ambas, en relación estrecha; cual yin y yang.

Cada país con sus heridas: una longeva, la de la guerrilla, agazapada entre sus tantas montañas, Colombia; y con un rimero de cicatrices, o acaso es la misma que se reabre cada cierto tiempo, Venezuela, las dos naciones se

reparten los lugares comunes. Colombia sería pasión y afán, instituciones y verbo bien conservados; habría dicho Bolívar que es “una universidad”. Con una larga bonanza petrolera y el trópico acaparado en su norte, un sueño de modernidad que ha dado saltos inmensos, así como también terribles frenazos, y el realismo mágico de allá enseñoreado aquí, haciendo burla del descorche y la espuma, Venezuela, la risueña, sería “un cuartel”. Pero ¿esos apelativos nos identifican o nos encasillan? ¿Es esta la fotografía? Este libro de entrevistas a colombianos de diferentes oficios, intereses y condiciones, radicados hace buen tiempo en Venezuela, quizá debía ayudar en el trazo del perfil de lo que somos. Felizmente, creo, más bien, no solo no convalida estigmas o descarta estereotipos, sino que, mejor aún, permite descubrir que la identidad es un proceso en movimiento y de orfebrería cotidiana, que es un espacio abierto en el que caben todos los rumores junto a los amores, que es una seductora invitación de la agenda personal de cada quien. Las pistas de lo que somos ambos países, con cada conversación, comenzaron a multiplicarse a la ene, como un delta se abrieron en nuevas simbologías y se volvieron más complejas, incluso se cruzaron y prestaron, y no solo por efecto de la mudanza y la adaptación. En cualquier caso, estoy persuadida, y así también los colombianos que ofrecieron gentilmente sus testimonios, de que nunca como ahora la posibilidad de interacción, reinvención, incluso fusión -en período de prueba durante la Gran Colombia-, luce más real, con todo y la coyuntura política actual.

Nuestra mirada amoldada a leer las imágenes fluctuantes de la tele puede determinar en segundos, por ejemplo, y sin haber estado allí jamás, que la manida escena del carro que da saltos y parece que lo lleva el

viento, por aquellas calles empinadas, se sitúa en la ciudad estadounidense de San Francisco. No tenemos recuerdos tan claramente identificados de Cali o Medellín -incluso de Boconó o Carúpano-; el sistema de transmisión por cable, sin embargo, comienza a hacer su trabajo. Trabajo de expansión de horizontes y aproximación incluso con la realidad que tenemos al costado. Nunca es tarde, comenzamos a conocernos y a reconocernos. Las nociones son básicas, pero van en aumento. Que Colombia, con sus casi 50 millones de habitantes, el doble de territorio y su nombre que honra al navegante Colón, es la única nación de América del Sur que tiene costas en el océano Pacífico y en el mar Caribe; también la que aprobó el divorcio a finales del siglo pasado y que acaba de prohibir las corridas de toros. Venezuela, con una población de casi 30 millones, un nombre que es una evocación en diminutivo de Venecia, y biodiversidad fenomenal, dejó divorciar a sus esposos y esposas, en cambio, desde el siglo XIX. Allá hay bollos y aquí hallacas; los colombianos tienen más años jugando fútbol, nosotros construimos autopistas de vértigo con urgencia continental y ellos ahora hacen ciudades. El vallenato suena con éxito en ambos lados de la frontera, y los susurros de bonanza y quiebra, también.

La atávica curiosidad periodística por saber qué hay más allá de los Andes comunes, curiosidad de a toque, y exacerbada por las noticias y el contacto puntual con amados vecinos consigue, en mi caso, y ojalá para los lectores, una grata recompensa gracias a esta experiencia: una aventura tejida con palabras correctamente pronunciadas, un viaje realizado a través de los gestos que nos van siendo familiares. La fascinante circunstancia de escribir un libro -y reconstruir historias con los tan variados testimonios-, propuesta que formula la Sociedad

de Amigos de la Cultura Urbana en alianza con la Fundación Cultural Colombo Venezolana, comienza con una pintura sesgada, hecha con supuestos y exageraciones, incompleta, y con la subjetividad a favor. Ahora este atar cabos se ha convertido en una rendición de cuentas, un homenaje, una despedida, un desafío y un agradecimiento a todos los que tuvieron la gentileza de contarme la experiencia de ser y estar viendo llover en las sucursales de Macondo.

Antes de hacer la lista que varió, creció, y luego se decantó en el número previsto, me reuní con Fernando Gerbasi, quien fuera embajador de Venezuela en Colombia; también con el periodista, historiador y expresidente Ramón J. Velásquez, a quien oí recitar de memoria no los mandatarios de Venezuela, sino los de Colombia, en una recepción de la embajada. Gracias a ambos, y como en un espiral, como en una cadena de vértigo, fui dando con quienes hoy son todos los que están, contra viento y marea. El escritor y amigo Ben Amí Fihman, como siempre, me dio la primera sugerencia: Germán Salazar, caballero y *bon vivant* a quien entrevisté, ya enfermo, y cuya vida es una fiesta y es Caracas. En la misma redacción de *Exceso* sería la siguiente entrevista, Valentina Marulanda, amiga entrañable y a cuya ausencia no me acostumbro ni pienso hacerlo. Ella me hizo ver a Venezuela de una manera mejor, a través de su mirada amorosa, gentil e inteligente. Su historia es una maravilla, queda su voz y sus sueños en estas hojas que su pasión y dulzura oxigenan. Ella me recomendó a la vez a Eduardo Carrillo, a quien llamaba Eduardo da Vinci, porque le componía todo lo que tuviera maltrecho, muebles, tuberías, aparatos, a ella y a un círculo exquisito de poetas, con creatividad e ingenio. Eduardo Carrillo es un "todero" que además vio a Jesús; su perfil es

conmovedor. Entrevisto también a dos hombres de empresa, creadores de éxito, como son Jaime Clavijo y Hermann Gómez, además muy gentiles. A Maritza Pineda, la miss que nació en Colombia y quien, coronada de felicidad en sus emprendimientos y vida, sigue tan bella y enamorada de nuestra geografía. A Mabel Cartagena y a Doris Parra, dos abogadas de las causas más nobles, afanadas y solidarias. A Marta de La Vega, erudita y apasionada por la democracia y, casi en la misma medida, por estas tierras; a Magdalena Herrera, entre libros y suspiros, una enamorada inequívoca de Caracas desde su infancia de migrante precoz; a Mónica Rug, internacionalista con una historia de amor sin límites; a Marina Alarcón, economista de lujo y con quien los inversionistas cuentan para dar los mejores pasos en el campo de las finanzas; a los músicos Claudia Calderón y Ezequiel Serrano, saxofonista este y entre sonidos de la urbe, y pianista aquella, entre los clásicos y la exportación del modelo de orquestas de José Antonio Abreu. A Rocío Guijarro, valiente organizadora, quien trabaja con el pensamiento -sobre todo liberal- y toda la razón en esta ciudad de infinitas posibilidades; a Carlos Celis Cepero, arquitecto que compartió con Carlos Raúl Villanueva y no da su trazo a torcer; a Soledad Mendoza, personaje de García Márquez y de esta ciudad, y en la élite del arte, José Campos Biscardi, una cara de Caracas que la pinta y la venera, que la vive y la recrea en Ávilas de lindas piernas; a Karina Gómez, instalada en Mérida y en el mundo del cine, organizadora de festivales y festines; y a Mariahé Pabón, colega y amiga, colaboradora especial, admirada mujer y un motor que envidio.

A todos ellos mi afecto y mis mejores palabras. No está aquí en Venezuela Idalide García Mendoza -tuve la suerte

de que la vida me bendijera con una madre extra- porque regresó a Cartagena hace ya cuatro años, luego de pasar cuarenta entre nosotros; pero está en cada línea, en cada deducción, en mis ganas; es ella, además de un cariño salpimentado de caribañolas y arroz con fideos, mi primera referencia tangible con aquella identidad tenaz. Identidad con la que desde ahora hago causa común.

F. N.

El odontólogo



Germán Salazar: la fiesta a pedir de boca

Germán Salazar, el odontólogo más mundano de Caracas, dejó de estar entre nosotros al poco tiempo de esta entrevista; estaba ya muy quebrantado de salud cuando tuvimos esta conversación de agradecimientos mutuos; conocerlo fue un placer. Poder contar su vida, dijo, fue una manera de volver a ella. Muchas dolencias comprometían sus fuerzas, pero no pudieron nunca desvanecer su sonrisa ni su profusa memoria. Intuitivo narrador, desde la total lucidez de la que dispuso en todo momento, disfrutó cada segundo compartiendo el itinerario de sus hazañas personales y profesionales con profusión de detalles y evocando el jaleo de anécdotas que dieron espuma y contentura a su vida y a la de muchos más. Hablaba con pausa, sin quejarse del cansancio manifiesto del cuerpo, ojalá cansado de tanta dicha.

La evocación es como una cosquilla que siente en el alma: sonrío. Caballero de elegancia infinita, un romántico que se paseó por los mejores salones perfumado en la mejor de las suertes, Germán Salazar ha vivido buena parte de su vida trajeado de gala, danzando al mejor compás. Es odontólogo, y con todo y que su trayectoria profesional ha sido impecable y muy reconocida, compite consigo mismo frente a la platea a la hora de determinar su perfil: destacado como médico, profesor y conferencista, famoso

por ser gran anfitrión. Tan lleno siempre de pacientes su consultorio, como animadas las fiestas que organizó.

Puntual, cumplidor, disciplinado, a la vez que popular y sociable, le complace, dice, recordar esos tiempos, los tempranos años cincuenta, aquellos en los que era posible, fácil incluso, con despreocupada ilusión, amar, brindar, celebrar, disfrutar, compartir con los amigos, aquellos que fueron miembros de esa cofradía de la larga fiesta con la que celebró sus mejores años y en la que fungió de líder absoluto; revive ahora, encantado de la vida, nunca mejor dicho, las gratas celebraciones en casa -referencia de hospitalidad y sede de los encuentros más gratos, empacados de lentejuela y armadores- amenizadas con música en vivo de Aldemaro Romero o Armando Manzanero, sus amigos personales. Repasa la deliciosa temporada de reuniones en torno al piano -una escena caraqueña para atesorar- con elocuencia y regodeo de detalles, y mientras surfea por la realidad política reprochable de la dictadura, remonta la ola seductora de la democracia de estreno, él como *bon vivant*, distrae así, ay, la incomodidad que le producen las colapsadas coyunturas y sus aquejados huesos.

Dentista jamás temido, daría un vuelco al impertinente perfil del profesional que en las ilustraciones del siglo pasado puede verse sosteniendo en una mano el alicate con que sacaría muelas y, en la otra, la navaja de barbero. Llegaba a un restaurante y las atenciones no se hacían esperar, mientras los comensales de otras mesas le sonreían, los mesoneros se desvivían por atenderlo; les respondería agradecido, generosamente. Era, de alguna manera, una celebridad. Por si fuera poco, añádase un valor agregado que él amalgama: dentista pionero en *coaching* y mimos emocionales.

Germán Salazar, que siempre fue un gran conversador, y derivado de ello alguien que sabía escuchar, cual psicoanalista atinaría en los diagnósticos con que aclaraba las dudas y dejaba boquiabiertos -claro- a sus pacientes: «Me gustó siempre la psiquiatría, debo reconocerlo». Y es que: «En los dientes está trazado el mapa de la salud emocional de las personas».

Que Germán Salazar trabajaba con manos de seda, se dice. Y que de seda estaría rodeado. «Sí, he vivido una vida maravillosa».

Buen bailarín que ha dado siempre buenos pasos en la vida. ¿Coincidencia?

Pudiera ser... La verdad es que siempre he vivido una vida plena, alegre, con muchos retos, claro, pero siempre con mucho afecto cerca. Me salieron bien las cosas, muchas incluso resultaron mejor de lo esperado y otras tantas fueron inmerecidas.

¿Qué lo hizo venirse al país?

Luego de graduarme de odontólogo en Medellín, donde nací -ciudad que tiene un cierto aire caraqueño y a la que también le dicen «la ciudad de la eterna primavera»-, me fui a Estados Unidos a especializarme en la Northwestern University en Chicago, una de las mejores en odontología en el mundo. Como quiera que estaba muy joven y con ganas de seguir estudiando, en vez de regresar a Colombia, postergué la vuelta que nunca se produjo, por cierto, y me fui a París. La escuela dental estaba también en ciernes y colaboré con los procesos académicos con quienes estaban a cargo entonces. Ejercí, di clases e hice una maestría en educación dental. Fue un esfuerzo muy interesante y un aprendizaje invaluable, que después me serviría de mucho aquí. Precisamente, cuando comenzaba a pensar en si ya

debía volver o no a Colombia, un colega venezolano de la Universidad de Chicago, Julio Alfonzo, me escribió proponiéndome venir a este país. Me pedía que lo acompañara en el proceso de apuntalar la Facultad de Odontología de la Universidad Central de Venezuela, creada pocos años antes, en 1939, y que compartiera mis experiencias. La vida suele reírse de último con sus jugadas imprevistas. Me escribía a nombre de Foción Febres Cordero, autor del libro *Orígenes de la odontología* y padre de la dentistería en Venezuela. No pude negarme, desde luego. Sería un interesante meandro en la ruta trazada, una experiencia enriquecedora. Solo que no fue un año ni dos. Mi amigo Julio Alfonzo, muy caballero, consiguió convencerme de que me quedara más, postulándome para hacer esto y aquello. Él tenía un vínculo familiar con el rector de la universidad, Julio De Armas, cercanía que interpretó como un compromiso para apoyarlo con un buen equipo alrededor y, valga la acotación, también estaba emparentado con el entrañable sacerdote Alfonso Alfonzo Vaz, fundador de la Ciudad de los Muchachos, quien, a sus noventa, aún oficia misa. Como verás, con gentes tan amables, no me resultó difícil elegir quedarme aquí. Así fue como vine, y así fue como me quedé en Caracas. Le cogí el saborcito.

¿Qué le pareció la ciudad entonces?

La ciudad me pareció grata y estaba por comenzar ese estallido pujante de obras. Me gustó, me sentí como en casa desde que llegué. Fui bien atendido, bien tratado. Se me abrieron muchas puertas. Las cosas no eran tan duras entonces en lo económico; si conseguías trabajo, podías hacer tu vida.

¿La situación política no era comprometedora?

La Escuela de Odontología, que entonces estaba entre las esquinas de Veroes e Ibarra, pasaría después a funcionar en la sede de la Universidad Central donde el ambiente estaba mucho más politizado, sobre todo las escuelas de Derecho y Ciencias Sociales; en Odontología había menos beligerancia, no neutralidad, pero sí una relativa tranquilidad, propicia para conocer a gente interesantísima, entrañable, de hecho, sostuve muchas y muy buenas conversaciones con Carlos Raúl Villanueva, por ejemplo, el arquitecto a cargo de darle esa genial estructura y monumentalidad a la universidad, y a quien le di ideas para la Facultad de Odontología, fui su asesor. Me hice amigo también de Carlos Delgado Chalbaud y de su familia; su esposa era una gran dama. Desde entonces, y ya no solo dentro del claustro, hice magníficos amigos, por ejemplo, Abelardo Raidi, quien me ayudó mucho. Él hacía reseñas para *El Nacional* sobre el acontecer social y conocía a toda Caracas, fue una especie de presentador mío porque le caí bien. Todos estos encuentros y relaciones que comenzaron a madurar y a hacerse profundas y necesarias, me sirvieron para echar raíces e involucrarme, aunque no al punto de incursionar en el acontecer político partidista.

¿No le interesó la política venezolana?

Claro, pero quería observar, entender. En Colombia sí fui muy activo, estuve muy comprometido con el Partido Liberal y con su líder, Jorge Eliécer Gaitán. Él era brillante, un demócrata esclarecido, un gran abogado, carismático y gran orador. Era candidato presidencial cuando fue asesinado el 9 de abril de 1948; decían que era como Benito Mussolini, pero con las ideas que son. Una lástima. El dolor que su violenta desaparición produce causa un

estallido brutal. La situación se pone muy difícil y mi familia me insta a irme, era el único hijo varón y les preocupaba a mis cinco hermanas -quedamos huérfanos jóvenes- la tensión que comenzaba a apoderarse de la calle; cada vez que salía, si me demoraba diez minutos más en regresar de lo anunciado, ya temían lo peor. Por los problemas políticos, viajé. Y no fue indiferencia la que mostré con relación a la política nacional, ni siquiera prudencia, creo que en Venezuela hice y aporté, siento que fui un servidor público, pero actué con respeto. Y ya no hablando de los viajes como una consecuencia o una urgencia, sino como un viajero con vocación que también fui, con interés por las culturas, más que un turista, debo agradecer a la vida el haber conocido tantos lugares del mundo.

¿Dónde estuvo?

Viajé a Europa, pero siento la gran satisfacción de haber conocido profundamente Francia. Por cierto, allá tuve contacto con el célebre dominicano que fuera el hedonismo redivivo, Porfirio Rubirosa. Y como le decía, por ser un fiel viajante, llegué aquí; lamento, en cambio, no haber ido nunca a Australia. Esa islota me da mucha curiosidad, y es que conozco gente de allá que me simpatiza mucho.

¿Se topó en esa diáspora con alguna expresión de xenofobia aquí o en algún otro lugar?

Nunca sentí rechazo por parte de nadie. Todo lo contrario. Ni cuando estaba recién llegado y no conocía nada y preguntaba de más, nadie rehusó responderme, explicarme, la gente con la que me topé siempre fue muy cordial. Conocí al caraqueño más grato en San Bernardino, la verdad es que allí viví un tiempo estupendo. Me instalé en el hotel Potomac que estaba nuevecito, lo inauguré, y

luego me mudé frente a la plaza La Estrella. En lo personal tuve una inmensa fortuna. Buenos amigos, y no me quejo del amor.

¿Seductor?

Lo necesario, hasta que me casé. La verdad es que fui un picaflor, y como viajé tanto conocí a muchas mujeres, pero no quería comprometerme con nadie. Gracias a Dios, tuve la suerte de enamorarme de una mujer maravillosa y sobre todo de ser correspondido. Viudo, estuve un tiempo a la deriva hasta que conocí a María Teresa Hernández, quien también había perdido a su esposo, Henrique Vera Fortique. Ella fue mi nueva esposa y la horma de mi zapato, ni más ni menos. Era abogada especializada en Derecho sucesoral y en Hacienda, muy preparada, yo la admiraba, la adoraba, era muy amorosa y muy bella. Me dejé cautivar por esta dama tan especial, tan espiritual. Y fíjese, hablando de rechazos o de aceptaciones, yo, que tengo un solo hijo, Karim, pero que no vivía conmigo, fui muy bien compensado por la vida que me permitió compartir con los hijos de María Teresa: Henrique, María Adelina y Marilda me aceptaron con cariño, lo que parece no ser lo más usual, y también fueron atentísimos con Karim, que vino varias veces a compartir con todos.

Establecido entonces, casado y ya en la vía de ser ese médico reputado, faltaba poco para también convertirse en el anfitrión de las famosas fiestas que dio.

Sí, una cosa trajo la otra, el trabajo y las maravillosas circunstancias que rodearon mi vida, y mi gusto por lo mejor de la vida, que afortunadamente lo tuve a mano, pues creó esa atmósfera de contentura en la que me desenvolví con mucha alegría. Conté con la preferencia de

las personas en mi consulta de tal manera que había días en que la jornada parecía infinita. Tenía un horario que podrá parecer devastador, pero a mí me resultaba cómodo: atendía a los pacientes a partir de las dos hasta casi las diez de la noche, y en las mañanas impartía clases en la universidad. La tranquilidad de las calles permitía hacer tus planes sin zozobra. Salir de noche no era entonces ningún problema, ni en San Bernardino, ni en la avenida Andrés Bello, ni en el edificio Canaima de Chacaíto, donde tuve mis consultorios. No paraba, pero tampoco sentía pizca de cansancio por ello, todavía alcanzaba el tiempo y las ganas para organizar fiestas. O sea, pude vivirlo todo, y como no era poco, pues me trasnochaba mucho para que me alcanzara.

Fueron las más reseñadas y a las que todos querían ir. Se habla de la esplendidez de los obsequios y del catálogo de postín de los invitados.

Tuve una vida social agitada, es absolutamente cierto. Por la profesión hice muchas relaciones, y a la vez, por las fiestas se amplió el círculo de amigos ¡y de pacientes! Increíble esa progresión, la rapidez con que creció mi consulta, como también el número de invitados a las fiestas que dábamos. Lo divertido es que mantenía, así, una presencia en la cotidianidad citadina. Abelardo Raidi, como dije, y Omar Lares, fueron generosos en sus reseñas y me ayudaron a hacer contactos. En realidad, no solo hice relaciones, hice amigos. Compartimos en muchas fiestas, todas las disfruté. Creo que la bohemia en un momento me hechizó y ellos fueron testigos de eso. Cuando no era en casa, era en una *boat*.

¿Cómo eran esas celebraciones, quiénes iban, qué brindaban y por qué?

Se brindaba con gusto y la gente lucía muy bien. Me las arreglaba para que la música fuera fantástica y la verdad es que eso resultó casi un distintivo de nuestras recepciones: venían a casa a cantar los artistas venezolanos más famosos, los contrataba especialmente, así como también a los que estaban más de moda en América. Con gusto los invitaba cuando venían a Venezuela de gira, y se hizo costumbre que pasaran por aquí. Luego la cosa cambió, pero para mejor: en vez de pasar ¡se hospedaban! La decoración, déjame decirte, también era interesante, las flores, los pisos relucientes. Donde ahora está el Centro Lido estaba un edificio de forma curva, desde el último piso lanzamos una vez un pendón alusivo a la fiesta que haríamos esas Navidades. Fueron muchas veladas felices; hicimos de disfraces también. Me produjeron muchos momentos gratificantes. Es que, bueno, mi debilidad era el baile.

Cantaron en su casa Aldemaro Romero y...

... Lola Flores, fuimos muy buenos amigos. También Armando Manzanero, a él lo conocí desde que dio los primeros pasos de su brillante carrera, cuando aún no era famoso. Cuando vino a Venezuela en su primera gira fuera de México, persuadido de que debía lucir como toda una estrella, lo llevé a que visitara la prendería de Clement. Quería comprarse un buen traje y salió con cinco. Un regalo que le hice con todo gusto. También se alegraría Clement, mi sastre de años, porque todos verían qué diseñador vestía al cantante. Porque eso lo ven y es noticia de periódicos. Vale decir que acaso porque siempre me gustó vestir de traje o por la firma de ellos o por las dos cosas, lo cierto es que varias veces me colocaron el remoquete del mejor vestido del año, ¿cómo lo ve usted?

También fue cercano a muchos toreros, ¿cierto?

Es que fui un aficionado convencido de la fiesta brava, hoy tan cuestionada, por lo que me hice amigo del Cordobés y de Luis Miguel Dominguín. A su hijo, el cantante Miguel Bosé, también lo conocí, como a los artistas más famosos de la farándula y a intelectuales de valía. Por ejemplo, a la familia Fihman, a Ben Amí, por supuesto, el editor de *Exceso*, un hombre particular y muy interesante, de una infinita cultura, y a sus padres, León y Dora, gente excepcional, muy inteligentes, ese tipo de personas con quien adoras hablar, o más bien, a quien adoras oír.

¿Y de su país? ¿Qué artistas de su tierra estuvieron en su casa? Hay quien dice que funcionó como embajada paralela.

No tanto. Pero sí hice buenos amigos colombianos, gente valiosa como Gabriel García Márquez, cuya obra me gusta sobremanera, la he leído toda. Es otro gran placer que me procuro, la lectura; mi biblioteca, como ves, es inmensa. He sido también amigo de los Mendoza García, Soledad y Plinio Apuleyo, también escritor y quien, después de estar aquí tantos años, regresó a Bogotá. También conocí a Belisario Betancourt, el expresidente, un hombre muy agradable.

¿Y todos ellos fueron sus pacientes?

Sí, casi todos. Era el médico de los famosos. Atendí a Carlos Delgado Chalbaud, a Diego Arria, quien, por cierto, fue mi padrino de boda junto a Luis Miguel Dominguín. ¿La recepción? Inolvidable. Maravillosa.

Tan dedicado a su profesión y con el gusto por las fiestas y la lectura, ¿tendría la agenda completa o hay

algo más que le interesaba hacer?

Siempre me gustó la buena mesa, probar los sabores de las diferentes culturas, aunque nunca aprendí a cocinar. Los carros también me gustaban, tuve unos modelos muy bonitos, un Mercedes Benz plateado, sin embargo, nunca me gustó manejar, prefería que alguien lo hiciera por mí. A propósito de autos, otro con quien tuve una relación amistosa, y los adoraba y coleccionaba, fue Renny Ottolina, un hombre increíble, un poco egocéntrico, pero ¡qué manera de animar y de manejarse en la televisión! Ese mundo de las cámaras, aunque de otra manera, lo vivimos en casa, y no me refiero a las fiestas, lo que te quiero decir es que papá era fotógrafo, además de un hombre muy especial, por eso tuvimos siempre contacto con el otro lado de la imagen, que, según el fotógrafo, puede ser una radiografía. Lástima que el tifus se lo llevara tan joven; era muy bueno en lo que hacía. Nosotros rezamos mucho por él, y esa sería otra cosa que también hice, y con frecuencia: fui mucho a misa.

Hombre de fe.

Sí, siempre la he tenido. Mi abuela materna me hacía leer las oraciones del devocionario, y debo confesarte que en algún momento me pasó por la cabeza ser cura, pero en la espera por entrar a la orden de los franciscanos se desvaneció mi vocación. No obstante, siempre me he sentido cercano a Dios, soy católico, y aunque no obtuvimos el milagro de la curación de mi papá, recibimos el de su corta pero feliz vida con nosotros; éramos muy unidos. Mi vida, por cierto, ha sido una bendición.

Lector y con labia, ¿no lo tentaron las palabras como expresión? ¿Escribía? ¿Tiene poemas en las gavetas?

Sí, también me gusta escribir cosas, es así, pero tengo la delicadeza de no mostrárselas a nadie. A veces tenía la audacia de dedicarle frases a mi esposa. Pero no pasé de ahí. Me bastaba que le gustaran a ella. Yo era muy romántico, adoraba darle detalles, sorprenderla, fuimos novios siempre. He amado. Eso es un privilegio, diría que la felicidad.

Cabe acotar que su felicidad tendría incidencia en otros, sería contagiosa. Como amigo, como médico y como anfitrión.

Sí, compartí momentos felices con muchas personas, y sé que las ayudé a estar mejor cuando, como médico, colaboré con el cuidado de su salud. Es que, claro, el adentro y el afuera están conectados. Y aunque parezca increíble, la verdad es que, si hay una parte de tu cuerpo que revela cosas de ti, de tus preocupaciones, de lo que eres, de lo que padeces: son los dientes, que además te identifican; son una guía de tu vida y de tus emociones. Determinada mordida es típica de la gente que vive angustiada, y el bruxismo -que es cuando aprietas los dientes mientras duermes y hasta los haces rechinar- es un problema bucal que te afecta todo, tiene que ver con tensiones, y eso lo ve uno apenas el paciente dice «Aaah». Las caries también son un espejo de la alimentación del paciente e incluso puedes adivinar de dónde es: en los países fríos hay más gente con caries. ¿Sabes que los que tienen los dientes más separados suelen ser personas más generosas y sociables? Los míos son pues unos dientes muy normalitos, pero sí fui buen diente...

¿Y el deporte le aburría o le interesó el fútbol, por ejemplo?

Fui muy aficionado al baloncesto, en Colombia participé en el que se juega en las piscinas. Pero como siempre fui tan social, cuando llegaban los periodistas deportivos y se ubicaban alrededor de las albercas, yo me ponía a conversar con ellos. El deporte es salud y el mío fue el baile.

Y nadie le quita lo bailado.

Claro que no, pero con todo y la fiesta, la satisfacción más íntima, desde luego, me la da la familia. Mis amores y el ser médico, el poder sanar y, por supuesto, enseñar, que es una forma de hacer servicio público. Satisface inmensamente.

Ha hablado de felicidad todo el tiempo y de lo mucho que la ha sentido. ¿Cómo la definiría? ¿Es el baile, el amor, las conquistas?

Es eso que nos gusta que nos envuelva, y a veces nos hace el favor de estar muy cerca. En otras ocasiones, es más esquiva. Se me parece a un animal arisco, a un pájaro hermoso que no puedes acariciar; quizá no te dé un picotazo, quizá sí, pero prefieres no tocarlo, porque además no quieres por nada del mundo que vuele.

¿Qué ritmo siente el bailarín que ha tenido esta conversa?

Pasodoble, un bailecito sabroso, vigoroso, sutil, acoplado y evocador.